

© Prohibida la reproducción total o parcial de este artículo, por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso por escrito del autor del mismo.

## IMPROVISANDO IMÁGENES: EL FOTÓGRAFO Y EL AZAR

No es ningún secreto que numerosos fotógrafos han compartido su pasión por la fotografía con una gran afición a la música. Mientras algunos de ellos terminaron sacrificando una más que probable carrera musical por la dedicación en cuerpo y alma a la creación de imágenes, otros comenzaron su viaje fotográfico ya convertidos en músicos profesionales. En ambos casos lo importante no ha sido cuál de las dos disciplinas terminó imponiéndose a la otra, sino el grado de compenetración de ambas. Ansel Adams tuvo que irle quitando tiempo al piano para poder dedicárselo a la cámara, y, sin embargo, siempre resaltó la gran ayuda que le supuso su entrenamiento musical a la hora de mejorar su rendimiento (tanto cualitativo como cuantitativo) como fotógrafo, especialmente en lo que se refiere a la constancia y a la capacidad de concentración.

Todos ellos han reconocido que ambas disciplinas comparten ciertos aspectos comunes como son el proceso creativo y sus cualidades emotivas, que las hacen, no ya compatibles, sino incluso excelentes compañeras de viaje. Al fin y al cabo, además de constituir dos vías de comunicación no verbal, la percepción visual de una determinada composición formada por planos, colores, simetrías, objetos o una combinación de varios, nos permite contemplar la obra como si de una composición musical se tratase. Si en la música uno de los elementos básicos es el ritmo (constituido según las frases y las pausas), en una imagen “tendremos que sustituir las frases por elementos gráficos o pictóricos cuya repetición y alternancia permitirán construir un ritmo propio”, tal como ha señalado Stefano Tonti.

### Sensación de libertad

Tanto si decidimos crear imágenes como composiciones musicales, hay pocas cosas que puedan igualarse a la sensación de libertad. En el caso del fotógrafo de naturaleza, nada más increíble que sentirse libre en medio de un entorno paradisíaco sin prisas ni obligaciones sobre dónde ir, cuándo regresar y, sobre todo, qué fotografiar. El músico e improvisador Wade Matthews afirma que, justamente, es la libertad de elegir lo que define la relación entre el improvisador y el azar<sup>(1)</sup>. Suponemos que cuando alguien improvisa puede desarrollar con entera libertad el trabajo que le venga en gana, mientras que asociamos la idea de azar o suerte a aquellas experiencias que nos vienen dadas por circunstancias completamente ajenas a nosotros.

Tengo que reconocer que me cuesta atribuir al azar relación alguna con mis propias imágenes, pero soy consciente de que todavía, afortunadamente, continúo recibiendo sorpresas inesperadas cada vez que recojo del laboratorio las últimas fotografías realizadas. Ya he señalado en más de una ocasión que un trabajo creativo de imaginación, visualización y localización debería dar lugar a una imagen interesante (por lo menos para el autor) y que, sin embargo, muchas de mis fotografías contienen elementos estéticos, creativos, técnicos o de composición que no son de mi propia cosecha, sino fruto de una mezcla de factores como el momento del día, mi estado de ánimo, la meteorología, los horarios, los propios lugares, etc., que generalmente escapan a nuestro control. De alguna forma, a veces me cuesta tanto el averiguar la fuente de algunas de mis ideas (y en la mayoría de los casos, es verdad, ni siquiera lo intento), que es relativamente sencillo atribuir a algunas de estas circunstancias su origen.

### Azar y selección

El que un fotógrafo seleccione continuamente lo que va a fotografiar refleja hasta qué punto el azar es un componente relativamente pequeño dentro del proceso fotográfico (aunque no hay que desdeñar su importancia), pues aunque el autor no pueda predecir exactamente lo que va a captar la emulsión (exceptuando el uso de Polaroids o de cámaras digitales) ni lo que el entorno va a mostrarle, la elección de un sujeto concreto, de una composición específica y un enfoque determinado hacen que las obras obtenidas sean más el resultado de la capacidad de interactuar con aquello que le rodea en base a sus experiencias previas (y a un lenguaje que conoce y generalmente domina) que a una iluminación

instantánea proveniente del más allá. Y, sin embargo, una de las cosas a las que renuncia el fotógrafo de naturaleza es precisamente al control. Renuncia al control de la luz, de la humedad, del viento, de la temperatura, del color, de las formas. La circunstancia que supone, por ejemplo, tener que volver a un mismo lugar días después, una vez haya desaparecido el fuerte viento que me impidió hacer la imagen que quería, no significa que no tenga en cuenta todos y cada uno de los factores que influyen en mi trabajo, sino que son precisamente ellos los que condicionan la forma de abordar mis fotografías y, por tanto, el resultado final. De hecho, en muchos momentos el fotógrafo ha de improvisar en función de lo que va encontrando, de acuerdo a su capacidad para integrar lo mejor posible sus sueños en la realidad, y viceversa. Pero su capacidad de improvisación será mayor cuanto mayor sea su capacidad de interactuar con el entorno y de establecer determinadas relaciones entre lo que ve y lo que es capaz de imaginar en relación a ello. Para el saxofonista Steve Lacy, “ la diferencia entre la composición y la improvisación es que, en la composición, tienes todo el tiempo que quieras para decidir qué quieres decir en quince segundos, mientras que, en la improvisación, tienes quince segundos”(2). De igual forma, la diferencia entre una fotografía de estudio y una imagen del mundo natural es que para esta última la mayoría de las veces tienes poco más de quince segundos (y a veces algunos menos) para poder captar aquello que deseas.

### **Una suerte muy relativa**

Nuestra capacidad de interactuar con el entorno, de imaginar nuevas composiciones y de anticipar ciertos sucesos son la mejor arma de que disponemos para contrarrestar eso que tantas veces hemos oído decir a alguien enfrentado a una de nuestras imágenes: ¡qué suerte! Esta capacidad se va alcanzando a base de pasar horas y horas en el campo explorando nuevos lugares, realizando nuevas fotos y generando nuevas ideas, de forma que con el tiempo nos vamos surtiendo de una serie de estrategias (mentales, visuales, técnicas y predictivas) que conforman una especie de “vocabulario de trabajo” que acaba guiando la mayor parte de nuestras decisiones a la hora de decidir finalmente cómo y cuándo captar eso que deseamos. Pero si únicamente hiciésemos caso a nuestros estereotipos mentales, terminaríamos haciendo las mismas fotos una y otra vez; es muchas veces el azar el que nos permite variaciones de un mismo tema que ni siquiera esperábamos. Las nuevas localizaciones, los diferentes momentos del día, las distintas sensaciones, entre otras cosas, van apareciendo para poner a prueba nuestra capacidad de jugar, de mezclar y de variar todos estos esquemas mentales que dirigen nuestra manera de vivir, de hablar, de pensar y, por supuesto, de fotografiar. Así pues, aún confiando en la realidad, aún habiendo aprendido a jugar un poco con ella, el azar (con la colaboración del propio fotógrafo) nos incita a una aventura: ésa que nos brinda la oportunidad de sorprendernos a cada paso con nuevos matices no esperados. Aprender a integrar estas “sorpresas” en nuestro proceso fotográfico es la mejor terapia contra la rigidez mental. De hecho, el propio Leonardo, en su *Tratado de la pintura*, recomendaba observar las huellas del azar como “una manera de desarrollar y de estimular la mente para nuevas sensaciones”(3).

### **Las huellas del pasado**

A pesar de mis esfuerzos por realizar un trabajo cada vez más creativo, me resulta imposible no encontrar en mis imágenes reminiscencias de mis trabajos anteriores, de mis fotógrafos favoritos y de ideas que, en su momento, decidí “coger prestadas”, así como de detalles de la propia Naturaleza que en ese momento tuve que integrar (conscientemente o no) en la composición. Estoy convencido de que tratar de evitar esto es ir contra natura, pero creo que tampoco debemos buscar deliberadamente el azar a la hora de crear nuestra obra solamente para intentar crear un trabajo tan novedoso que no tenga nada que ver con lo que realmente deseamos captar. Tendremos que ser conscientes de que el azar está presente, en mayor o menor grado, en toda creación artística y que, por tanto, obliga al autor (y sobre todo al fotógrafo de naturaleza) a improvisar en muchos momentos durante el proceso de realización de sus imágenes. Una improvisación, sin embargo, que no significa en absoluto la creación aleatoria en un momento inesperado, sino la aplicación de nuestro archivo mental y de todos nuestros conocimientos previos en un instante no fijado de antemano.

Aunque continúo persiguiendo muchas de las composiciones que he fabricado en mi cabeza y me cuesta bastante no imaginar todas esas fotografías que me gustaría realizar, no puedo renunciar a esa deliciosa sensación de sorpresa, de duda, con muchas de mis imágenes, y a esa impaciencia, a veces obsesiva, por ver lo que mi mente y la propia Naturaleza han terminado plasmando finalmente en la película. Creo que el día que podamos controlar absolutamente todo en la realización de nuestras imágenes se habrá perdido una de las principales motivaciones de nuestra actividad: el placer de salir

a buscar —pero también de salir a encontrar— aquellas fotografías que deseamos ver reproducidas en el mundo natural. Una búsqueda, además, que siempre está abierta, debido a lo que supone el descubrimiento de nuevos lugares, de nuevos momentos, de diferentes matices y de nuevas percepciones. No en vano, la escritora Soledad Puértolas afirma con convicción que “en la incertidumbre hay más libertad”. El propio Willy Ronis, uno de los grandes de la fotografía francesa del pasado siglo, reconocía ser cómplice del azar: “Mi foto preferida es aquella en la que el riesgo de fallarla es mayor”<sup>(4)</sup>.

### **Saber prepararse**

Por todo ello, no se trata de ser capaces de inventar imágenes de forma espontánea, sino más bien de saber prepararnos para poder imaginar (o recrear) nuevas composiciones en función de lo que el entorno nos ofrece en cada momento. No deberíamos obsesionarnos con pretender controlarlo todo para que el resultado final coincida exactamente con nuestras expectativas; sería mucho mejor permitirnos un margen de incertidumbre —que siempre existe— para que el azar pueda también formar parte de nuestras fotografías y que siempre podamos salir con la emoción y la ilusión del que persigue un tesoro esperado pero no conocido. Un tesoro que, precisamente por ser muchas veces idealizado (la imaginación siempre es utópica) y, por tanto, inalcanzable, es precisamente lo que da sentido a la búsqueda de todo fotógrafo. Todos tendemos a buscar la perfección, el ideal, pero esta búsqueda, si no tiene en cuenta la realidad (en nuestro caso la Naturaleza), termina por volverse infructuosa; así pues, creo que no es cuestión de buscarlo intencionadamente, sino de saber incorporarlo a nuestro trabajo. Como dijo una vez el filósofo Agustín García Calvo en una entrevista: “El azar puede hacer algo de arte de vez en cuando”<sup>(5)</sup>. No deja de ser asunto nuestro el aprender a integrarlo creativamente en nuestras imágenes.

© Fernando Puche

---

(1) *Doce Notas*, Monográfico creación núm. 10, diciembre de 2002 (pág. 23).

(2) *Ibidem*, diciembre de 2002 (pág. 15).

(3) Citado por Ángela Molina en “Arte y Utopía: una tirada de dados”, *El País*, 29 de mayo de 2004.

(4) *Babelia*, *El País*, 25 de noviembre de 2000.

(5) *Babelia*, *El País*, 26 de abril de 2003.

(Publicado en el libro *EL PAISAJE INTERIOR*)